

Aguas aéreas

Dentro del poema

David Huerta

*Tip, leaf, dip —the instant it all took to happen
seemed to me not so much a fraction of time
as a fissure in it, a missed heartbeat.*

[...]

*But then, in a sense, all poetry is positional: to try to
express one's position, in regard to the universe
embraced by consciousness, is an immemorial urge.*

Carta de navegación S, M; 11, 1

Me encuentro a dos mil pies de altura sobre el nivel de la prosa. Debo aclarar este dato cuanto antes: hablo de “pies” en el sentido métrico, tradicional o clásico... Si alguien se ofende por esta aclaración, lo siento con todo el ánimo yámbico de mis endecasílabos más entrañables.

No llevo ninguna bitácora de vuelo; mi propio cuerpo es toda la bitácora necesaria —el cuerpo mismo de mi vehículo trascendental es esa bitácora también, esa memoria, ese módulo existencial y palabrero, significativo y rítmico. El ritmo mismo del vuelo es una forma del significado, de la memoria de esta aérea bitácora. Allá abajo, la prosa olvidadiza se confunde con nuestra madre primera; acá, en las alturas, la maternidad es apenas una complicada metáfora de la autofabricación de tejidos vivos, de criaturas dotadas de volumen y complicados metabolismos, organismos cordados y respirantes. He aquí una biología y una neumática, entrecruzando sus potencias unitivas en el juramentado trono del poema, si se entiende la alusión de lince, la glosa de Trocadero.

El aire es puro, allá afuera; está, naturalmente, enrarecido: le falta oxígeno en cantidades variables, según la altitud relativa de mi desplazamiento. Pues me desplazo a una velocidad parecida al éxtasis, semejante a la alcanzada por el paracaídas de Altazor. Según las últimas averiguaciones de arqueo-

poética, ese artilugio portentoso rebasaba los sesenta y cinco huidobros por minuto.

¿Dónde estoy? ¿Estoy en el cielo, en un lugar imaginario, en el cauce de un sueño como en el cauce de un río? Esta comparación de un sueño y un río: ¿se ha dado en el agua o mientras me encuentro dormido, quiero decir: dormido allá abajo, en una cama indiferente y bien abrigada, mullida, asentada con firmeza en la materialidad hirsuta de la prosa? Lo cierto es el ánimo casi vegetal de este lugar; las corrientes de alegría clorofílica y la plétora de sombras frescas: como un anillo rodean todo objeto y toda cosa palpable y como una aguja hipodérmica —montada en el cuerpo tubular y sublime de una jeringa metafísica— penetran hasta el resquicio más profundo de la psique.

¿Dónde estoy, entonces? La respuesta puede variar, según acepte uno la convención y arbitrariedad del signo lingüístico, concuerde vivencialmente con la frase “la pérdida del reino que estaba para mí”, se atenga con una docilidad cortesana a los dictados de las academias y las universidades, se confíe en los brazos multipaginados de las antologías, obedezca a ciegas o a miopes lo dicho en los manuales de historia literaria, se forme en las filas de la estilística.

La vista es formidable. A los lados, una exhalación de sonetos ha pintado el aire circundante con una coloración rectangular: dos morados arriba, en la zona frontera con la estratósfera, por los cuartetos; dos verdeamarillos abajo, por los tercetos. Más adelante, y acaso más arriba, hay evocaciones de sonetos franceses e ingleses, con un aliento de pareados en lugares estratégicos, de finas gradaciones azulosas y destellos rojos en las abullonadas zonas interestrólicas.

Puedo decir esto, por lo menos, acerca del lugar donde estoy: es un edificio flotante, una ciudad suspendida en el límite de la atmósfera y la estratósfera, una especie de globo aerostático o *zeppelin* con una estructura definida y de límites precisos, de bordes contundentes, de lindes punzocortantes.

Las magnitudes de esta nave peculiar son difíciles de determinar. De su forma debe decirse algo parecido. A pesar de andar volando por ahí, está extrañamente metida en todo tipo de paisajes, urbanos y rurales. No puedo explicarlo, pero así es. Flota en la inmensidad estelar como un corcho en la infinitud oceánica y simultáneamente se enreda con las muchedumbres del transporte público metropolitano y se mete debajo de un matorral y se pincha en un berenjenal y se unta con el aroma de la mejorana y el hueledenoche. De súbito está a un lado de cierta estructura de Norman Foster; al momento siguiente lo encontramos junto a un huizache.

Las paredes interiores de la nave han sido cubiertas con sedas italianas, a menudo también utilizadas —según he podido comprobar— para corbatas, freudianos administrativos cuyo sentido colgante no se parece al sentido de esto dentro de lo cual ahora me hallo: el sentido de este artefacto volador depende, por lo visto, de la manera de co-engranar el contenido y la forma, con cierta inclinación táctico-semántica por el lado de la forma, a su vez llena de sentido, significado, contenido, todos ellos curiosos cachivaches cuyo arrinconamiento dentro de la nave o hábitat me provoca una curiosidad enorme. Hay molduras de acero toledano. Hay espejos reflejantes para la deriva lírica de la contemplación propia y el minucioso autoanálisis y las más emotivas intros-

pecciones. En fin. Lo diré ya: estoy dentro de un poema. Sin duda, un poema lírico.

Desde un día de espionaje en las conversaciones ajenas, me lo propuse con toda seriedad: meterme en un poema. No importan ahora —ni importaban entonces— los interlocutores. Entonces y ahora son puras voces, voces puras:

—No alcanzaba yo a entender por dónde iba esto de la poesía, ¿sabes?

—Bueno. Supongo que te pones a leer, y ya. ¿No? ¿Es diferente de otras lecturas? ¿Más exigente, más pesada, más laberíntica?

—Supongo que sí.

—Con suposiciones no vas a llegar muy lejos, si en tus lecturas ni en otras situaciones de la vida, ésas sí exigentes. No necesito decirte cuáles.

—El caso es que decidí meterme en un poema, pero meterme de veras.

—Te felicito. ¿Quieres otra copa?

Con una cierta regularidad, siento una pulsación. Recorre esa pulsación la nave o ciudadela de punta a cabo y desencadena en el aire saturado de oxígeno una serie de olas minúsculas, naturalmente invisibles pero perfectamente discernibles en la piel y, asimismo, en el oído; como si una cierta longitud de onda fuera imperceptible pero aun así dejara una vaga huella de registro en la red neuronal. Debe ser una forma de la andadura prosódica, según mi parecer. Pero también puede ser un efecto de los bamboleos de tropos y figuras de pensamiento. El ingeniero de cuya cabeza ha salido esta nave no estaría muy contento con mis observaciones, me temo. Sospecho esto: le parecerían pedestres y me recomendaría un antídoto para curarme de esas valoraciones erráticas. Un antídoto en forma de libelo líquido: “inyección intravenosa”, sin metáforas.

La pulsación puede también tener su origen en alguna fuente externa. De improviso, todo se aclara: es la “inspiración”. Mejor dicho: es la incorporación del aire circundante. Es el primer paso, paso pulsante, de la nota plena de sentido en el acto de llenar el ámbito: esa nota únicamente adquirirá su plenitud cuando ocurra el fenómeno inverso y complementario de la inspiración —la espiración. Así el aire cumple el milagro neumático destinado a la nave: incorporar el aire circundante y su oxígeno, devolverlo al exterior pero ahora lleno de



Jardin des Plantes, Paris

sentidos y de ritmos. En ese momento, el segundo momento, de la pulsación, la nave deja de bambolearse, de pulsar, de agitarse. El remanso alcanzado ha de llamarse “verso”, entidad recurrente, cosa en estado continuo de estar volviendo; pero no, todavía no —debe volver, debe recurrir, debe dar la vuelta sobre sí mismo y reaparecer, ahora convertido en otro, en otro verso. ¿Es esto muy complicado?

Mira cómo la nave se ha llenado de luz, una luz rítmica, una pincelada de sinestesia.

He oído decir, entonces, en mis espionajes, a algunas almas sencillas: “Me gusta este poema, pero me hace falta *entrar en él*, explorarlo, para acabar de entenderlo”. Es una idea estupenda: el poema tiene un interior; aun podría tener un decorador de interiores, quizás un poeta modernista contratado con toda deliberación para darle cierto color y vivacidad a un poema demasiado opaco, demasiado metafísico, demasiado blanco-y-negro. Aquí un lampadario, allá una figurilla de marfil o de alba nácar, más allá todavía un abanico perfumado.

Vladimir Nabokov cuenta sus primeros borrones poéticos. Son páginas llenas de una emoción contenida o contenta. Despliegan cierta malicia, siempre instilada en dosis variables en el suntuoso estilo nabokoviano; muestran a un adolescente de la aristocracia ilustrada en la Rusia zarista, pero sobre todo a un muchacho de una lucidez absolutamente fuera de serie. Nabokov afirma la índole posicional de cualquier poema: éste sería una declaración del lugar propio —del lugar del poeta, de quien compone ese poema en especial— dentro del universo, ante el universo. Ese lugar, en esa po-

sición, es como cualquier otro lugar en el espacio: puede construirse sobre él; acaso ha sido compuesto como un habitáculo en el momento mismo de concebirse. Todo ello se desprende de la concepción espacial o posicional del poema.

Camino dentro del poema, sin tropezarme. Durante un minuto, cierro los ojos y no me encuentro con ningún objeto: la prosodia me lleva, el ritmo pautado, las modulaciones y los acentos me llevan. Camino con libertad, a ojos cerrados. La andadura del paseo por este espacio puede variar, ora trocaica, ora dactílica; pero suele observar una regularidad y una certeza sorprendentes: lo digo así pues no hay monotonía ni monorritmia, aun cuando se siga un patrón aparentemente único en la distribución de las sílabas tónicas; eso es casi milagroso, pero no lo es: más bien, es el resultado de una conciencia y de una habilidad sobre las cuales puede discurrirse, labor de la crítica. Es *el milagro secular de la poesía*.

El poema es un lugar. Ocupa un lugar en el espacio y podría ser una ciudad, una casa, un barrio. Podría ser un jardín, una selva. Míralo, léelo. Entra en él como quien entra en el Jardin des Plantes o en el Laberinto de Creta. Una vez adentro, respira profundamente y déjate llevar por un rumor heracliteano, un susurro en el desierto, un murmullo en Comala, una sombra debajo de una roca roja, un puñado de polvo en el labio de una caverna, una muerte o un amor infinitos. Pero podría ser una covacha, un chiribitil, un callejón mugroso, una celda repleta de humores repugnantes.

Es un lugar para ti, si lo quieres. Si de veras lo quieres. **U**